

Los cronistas del Descubrimiento

Escribe: ABELARDO FORERO BENAVIDES

El descubrimiento de América no fue obra de un día, ni se verificó de una manera súbita, como una sábana que se corre de un cuerpo desnudo. El continente fue apareciendo lentamente de las aguas del océano, a lo largo de un medio siglo. Y como carecía de homogeneidad cultural y de uniformidad geográfica, el descubrimiento de cada una de sus partes, reproducía la maravilla del 12 de octubre. Los montes, las islas, las penínsulas, los picachos, los grandes ríos interiores, los golfos, las bahías, fueron emergiendo en una parsimoniosa y coqueta entrega ante los ojos de los europeos.

El historiador catalán Luis Nicolau D'Olwer, en los finales de su estu-
diosa existencia, publicó una antología de los cronistas de las culturas
precolombinas, que se inicia con el testimonio del *Descubridor*.

“Los testimonios de las culturas precolombinas que aquí se reúnen —dice Nicolás D'Olwer— son de cronistas. Al decir cronistas pensamos en informadores directos, testigos presenciales. Excluimos por tanto a todos cuantos escribieron del Nuevo Mundo sin haber puesto sus pies en él. Aunque sean antiguos, bien documentados y veraces como Pedro Mártir de Anglería, López de Gómara, Antonio de Herrera o Gutiérrez Sotomayor. No nos interesan ellos sino sus fuentes. Pero los historiadores que vivieron en este lado del océano, al mismo tiempo que historiadores, en parte de su obra son cronistas. Así por ejemplo, Bartolomé de Las Casas o Pedro Cieza de León. En este caso, cuando hablan como testigos presenciales, podemos acudir a ellos. El testimonio directo lo buscamos no solo entre los cronistas propiamente dichos. Las relaciones de ciertos administradores, los derroteros de algunos navegantes, las cartas de muchos misioneros, son también inapreciables testimonios sobre la cultura material y espiritual de los nativos americanos”.

Muchos de los textos citados por Luis Nicolau D'Olwer son conocidos y difundidos. Este es el caso de los relatos de Colón, Américo Vespucio, Fray Bartolomé de Las Casas, Hernán Cortés, Gonzalo Jiménez de Quesada, Bernal Díaz del Castillo y Gonzalo Fernández de Oviedo.

Pero hay otros testimonios que el lector común ignora y que complementan el cuadro histórico. Es el caso del francés René de Laudonnière,

quien se incorporó a una expedición francesa a la Florida y escribió un libro de notas sobre esos parajes y sus primitivos habitantes. Es el caso del alemán Ulrich Schmidl, quien fue contratado por los banqueros Welsler para que se enrolara en la expedición que iba a conquistar el río de la Plata y nos habla, el primero, de la fundación de Buenos Aires y de los indios guaraníes. Y es el caso del portugués Pero Vaz de Caminha, quien tenía el propósito de viajar a las Indias Orientales y se encontró de sorpresa con las tierras del Brasil.

Un primer acierto en el libro de Nicolau D'Olwer. Al hablar del Descubrimiento y de la Conquista, no fracciona el continente entre el norte sajón y el sur latino. Le concede la misma importancia a la misión de Hernán Cortés, que a la presencia de un alemán en el río de la Plata. El continente es uno y su lento proceso de aparición ante los ojos occidentales, también debe ser uno.

En un sitio fue un letrado español el que puso el ávido ojo en una isla de incógnita. En otro sitio un navegante portugués fue el primer relator de la impresión matinal ante la tierra sorprendida. En otro, un soldadote germano asiste a la edificación de la primera casa de teja frente al Plata. Un evangelizador convencido entrega su testimonio sobre las tierras que considera de su deber anexar a la fe de Cristo. Un agente de los banqueros de Ausburgo tiene también sus cosas por decir. Y un hugonote nos relata sus impresiones al internarse hacia el valle del Missisipí. Todos estos relatos fraccionarios, estas instantáneas visuales, forman el conjunto de datos de lo que se llama el Descubrimiento.

Ese es el extraordinario interés con el que hemos leído la *Antología* de Nicolau D'Olwer.

“Medio centenar de autores contribuyen a esta *Antología*, —escribe en el prólogo—. Medio centenar de hombres, todos ellos diferentes. Diferentes en nivel de cultura, en carácter, en moralidad, en inteligencia, en categoría social. Navegantes y teólogos, juristas y militares, gobernantes y aventureros, santos varones y todo lo contrario. Cada uno con sus ideas, con sus gustos, con sus intereses. Unos obsesionados por el oro, otros por la comida, otros por las mujeres; quienes por salvar las almas, quienes por gozar los cuerpos. Estos persiguen su provecho inmediato, aquellos trabajan por la gloria de Dios, los de más allá se esfuerzan en cimentar su propia gloria. Vasta galería espiritual donde se reflejará diversamente, contradictoriamente, la cultura de los pueblos americanos, como figura que se refleja simultáneamente en espejos cóncavos, convexos, esféricos, parabólicos. Imagen deformada. No menos importante por ello, pues a través de tales deformaciones fue conocido y tratado el hombre de América, por el que llegaba de occidente al través de los mares”.

Eran diferentes entre sí los hombres que llegaban y eran diferentes los hombres que encontraron. Era distinto el grado de cultura de cada uno de los navegantes y conquistadores y distinto el grado de cultura de cada una de las tribus que fueron encontrando. No puede hablarse de una cultura americana, porque los estados de la evolución de esas tribus no eran los mismos y no existían corrientes que la homogeneizaran de norte

a sur. "El Descubrimiento" es una palabra que hay necesidad de descomponer. Todas esas visiones fragmentarias, coloreadas, luminosas, sórdidas, la integran lentamente.

EL ACTA DE NACIMIENTO

La primera palabra, el acta de nacimiento del continente, la primera aparición de una tierra insospechada a la luz de la historia, se encuentra en el *Diario del Almirante*:

"Después del sol puesto, navegó a su primer camino al oeste; andarían doce millas cada hora y hasta dos horas después de media noche andarían noventa millas, que son veintidós leguas y media. Y porque la carabela *Pinta* era más velera e iba delante del Almirante halló tierra y hizo las señas que el Almirante había mandado.

"Esta tierra vido primero un marinero que se decía Rodrigo de Triana. Puesto que el Almirante a las diez de la noche estando en el castillo de popa, vido lumbre, aunque fuese cosa tan cerrada que no quiso afirmar que fuese tierra. Pero llamó a Pedro Gutiérrez, repostero de estrados del Rey e díjole que parecía lumbre, que mirase él y así lo hizo y vídola; díjole también a Rodrigo Sánchez de Segovia, que el Rey y la Reyna enviaban en el Armada por veedor, el cual no vido nada porque no estaba en lugar do lo pudiese ver. Después que el Almirante lo dijo, se vido una vez o dos y era como una candelilla de cera que se alzaba y levantaba, lo cual a pocos pareciera ser indicio de tierra. Pero el Almirante tuvo por cierto estar junto a la tierra..."

Es muy curioso que en el relato de Colón, el único que no ve nada, que no se da cuenta de nada, es el burócrata, el *veedor* oficial. Lo que después habría de llamarse América, en esa primera aparición crepuscular, "semeja una candelilla de cera que se alzaba y levantaba".

Y al día siguiente:

"...A las dos horas, después de media noche pareció la tierra de la cual estarían dos leguas. Amainaron todas las velas y quedaron con el trece que es la vela grande. Y pusiéronse a la corda, temporizando hasta el día viernes que llegaron a una isleta de los Lucayos que se llamaba en lengua de indios *Guanahani*. Luego vieron gente desnuda y el Almirante salió a tierra en la barca armada y Martín Alonso Pinzón y Vicente Anés, su hermano, que era Capitán de la *Niña*. Sacó el Almirante la bandera real y los capitanes con dos banderas de la cruz verde que llevaba el Almirante en todos los navíos por seña con una F. una Y. Encima de cada letra su corona, una de un cabo de la cruz y otra de otro. Puestos en tierra vieron árboles muy verdes y aguas muchas y frutas de diversas maneras".

Jamás un acta histórica ha sido redactada con mayor ingenuidad y candidez. La candelilla de cera se ha convertido en tierra verde. Esa isli-lla es el primer trozo del inmenso lote de la creación, oculto a los ojos de los griegos, los judíos, los romanos y los germanos.

LAS GENTES LLAMADAS CANIBALES

Otro fragmento. Américo Vespucio toma la pluma el año 1500 para escribir una carta a su compatriota Lorenzo de Médicis:

“Una cosa maravillosa vimos en este mar y fue que antes de llegar a tierra unas quince millas, encontramos el agua dulce como de río y tomamos de ella, tomando todos los toneles vacíos que teníamos...”

“...Lo que ví, que era admirable cosa, fue una multitud de pájaros de diversas formas y colores y tantos papagayos y de tan diversas clases que era maravilla. Algunos color de grana, otros verdes y colorados y color de limón, otros todos verdes, otros negros y encarnados y el canto de los otros pájaros que estaban en los árboles era cosa tan suave y de tanta melodía que nos sucedió muchas veces quedarnos parados por su dulzura. Los árboles son de tanta belleza y tanta blandura que nos sentíamos estar en el paraíso terrenal y ninguno de aquellos árboles, ni sus frutos tenían semejanza con los de estas partes, y por el río vimos muchas clases de peces de variadas formas”.

El florentino toma la paleta, riega todos los colores, se halla atónito ante un espectáculo de la naturaleza desbordante de savia. Los adormilados ríos de Italia, tan familiares al hombre, tan sumisos dentro del paisaje de Toscana o de la llanura del Po, contrastan en las retinas del Vespucio con este carnaval primigenio del color.

Y, ¿los hombres?

“Teniendo miedo de nosotros, todos se metieron en el bosque, cuando conocieron que éramos gente diferente de su naturaleza. No tienen barbas ni vestido ninguno, tanto los hombres como las mujeres, que como salieron del vientre de su madre así andan, que no se cubren ninguna vergüenza. Y también por la diferencia de color, que ellos son de color pardo y leonado y nosotros blancos. Por medio de señales les dimos confianza y tratamos con ellos. Supimos que son de una gente que se llaman *caníbales* y que la mayor parte y todos ellos viven de carne humana. Y esto téngalo por cierto Vuestra Magnificencia”.

“No se comen entre ellos pero navegan en ciertas naves que tienen que se llaman canoas y se van a tomar presa en las islas o tierras vecinas, de una gente enemiga o de otra generación diferente de la suya. No comen a ninguna mujer salvo en caso extremo. Son gente de gentil disposición y de bella estatura; van enteramente desnudos, sus armas son saetas que disparan y rodela y son gente de buen esfuerzo y de gran ánimo. Son muy buenos ballesteros. En conclusión, tuvimos trato con ellos y nos llevaron a un poblado que estaba tierra adentro cosa de dos leguas y nos dieron de comer. Y cualquier cosa que les pedíamos enseguida nos la daban, creo que más por miedo que por amor. Después de haber estado con ellos todo el día nos volvimos a las naves, quedando amigos...”.

DESCUBRIMIENTO DE LOS DESCUBRIDORES

Alvar Núñez Cabeza de Vaca nos cuenta sus naufragios. Nos habla de los flecheros del Apalache, de una extraña isla llamada el Mal-Hado,

nos describe por primera vez a los bisontes y a un hombre barbudo llamado *Mala-cosa*, que sembraba el pavor y aparecía en el umbral de las viviendas con un tizón ardiendo. En veces aparecía disfrazado de mujer.

Acuarelas, aguas-fuertes, vitrales, frescos. No quiso sin embargo Nicolau D'Olwer, citar en su *Antología* a los poetas. "Por definición el poeta es imaginativo y no podríamos distinguir entre lo que hay en él de información y lo que nace de su fantasía".

A través de este libro he descubierto a algunos de los descubridores, aquellos que no han sido pregonados por la fama y que ocupan un discreto tercer lugar en la historia. Entre ellos, he tomado al azar tres ejemplos:

UN HUGONOTE ENTRE LOS INDIOS TIMUCUAS

El capitán René Goulaine de Laudonnière, pertenecía a la secta de los hugonotes. Los protestantes franceses tenían como ambición apoderarse del poder, bajo el mando de su austero y penetrante jefe político Gaspar de Coligny. Y en el campo internacional observaban con desconfianza el crecimiento insólito de la influencia española desde el gobierno del Emperador. Era indispensable crearle a España problemas políticos y religiosos en el continente recién descubierto. Y crear en América focos heterodoxos y militares que sirvieran de puntas de lanza en la gran guerra de las dos naciones.

Al efecto se dispuso una expedición, hacia el año 1562, que tenía como objetivo apoderarse de una vasta región, en la Florida, colocar allí la bandera de la fe protestante y circunscribir los avances de España hacia el norte. Entre los oficiales que partieron, bajo el mando de Jean Ribault, se hallaba el capitán de Laudonnière.

La expedición tuvo éxito parcial. Levantó fuertes, adelantó campañas, se hizo a la amistad de los caciques, se estudió minuciosamente su lengua. Para los españoles, estos malditos franceses conquistadores eran nada menos que abominables herejes que pretendían deformar la religión y sembrar semillas malditas.

De esa expedición ha quedado constancia en un libro titulado: *La historia notable de la Florida, situada en las Indias Occidentales, que contiene los tres viajes hechos en barco por algunos capitanes y pilotos franceses*. Es el único testimonio vívido de un francés sobre la cultura precolombina, en las tierras bautizadas en el día de la Pascua Florida.

Oigamos lo que dice el hugonote sobre los indios Timucúas:

"Los hombres tienen un color aceitunado, son de gran corpulencia, bellos y bien proporcionados, sin ninguna deformidad. Cubren sus cuerpos con una piel de ciervo bien curtida; la mayoría llevan pintado el torso, los brazos y los muslos formando franjas de bella apariencia. Esta pintura no puede quitarse nunca, puesto que con anterioridad se han hecho punciones hasta la propia carne. Tienen los cabellos muy negros y los llevan largos hasta la altura de la cadera, trenzándolos en tal forma que

les sienta bien. Las mujeres son de condición similar, corpulentas y del mismo color que los hombres, van pintadas como ellos, aun cuando al nacer no tienen una piel tan olivácea sino mucho más blanca, ya que la razón principal de tal pigmentación, proviene de las unturas aceitosas que se ponen en una ceremonia que no conozco, así como a causa del sol a que están expuestos sus cuerpos.

“La constitución física de las mujeres es tal que pueden atravesar a nado grandes ríos, mientras sostienen a sus hijos sobre un brazo; además, sin gran dificultad, son capaces de subirse a los árboles más altos de la región.

“Son simuladores y traicioneros, cuidan de su persona y combaten con bravura, a pesar de no poseer más armas que el arco y la flecha. Hacen las cuerdas de sus arcos de tripas o piel de ciervo, que preparan tan bien como se puede hacer en Francia, dándoles diferentes colores. Las flechas las hacen de piedras o dientes de pescado y las adornan con gran propiedad.

“Hacen que los jóvenes se ejerciten en las carreras a pie, para lo que realizan un concurso que gana el que sea más resistente. Practican también con asiduidad el tiro de arco. Juegan a la pelota en la siguiente forma: en un árbol que han plantado en medio de la plaza, que tiene una altura de ocho a nueve brazas, colocan un cuadrado de madera y gana el que lo toca con la pelota en el transcurso del juego. Tienen además gran afición por la caza y la pesca.

“Cuando van a la guerra el rey va adelante con un bastón en una mano y el arco en la otra, así como un carcaj bien provisto de flechas. Todos los hombres le siguen armados igualmente de arcos y flechas. Al combatir profieren grandes gritos y exclamaciones.

“Los reyes de la región se hacen con frecuencia la guerra, la que solo se produce mediante la sorpresa. Matan a todos los hombres que pueden capturar, arrancándoles la cabeza a fin de apoderarse de su cabellera y llevársela de regreso, con el fin de convertirlas en trofeos una vez llegados a sus casas. Salvan a las mujeres y los niños, a los que alimentan y conservan siempre con ellos.

“Al volver de la guerra convocan a todas las personas y celebran el regreso con gran alegría durante tres días y tres noches de abundantes comidas, bailes y cantos. Hacen bailar incluso a las mujeres más ancianas, llevando en las manos las cabelleras de los enemigos y al tiempo que bailan, cantan loas al sol, atribuyéndole el honor de la victoria.

“No tienen noción de Dios ni de ninguna religión, excepto aquella que les proporciona el sol y la luna. Tienen sacerdotes en los que creen plenamente, ya que son grandes magos, adivinos e invocadores de diablos. Estos sacerdotes, que les sirven de médicos y cirujanos, llevan siempre consigo un saco lleno de hierbas y medicinas para medicar a los enfermos, en su mayor parte de viruelas. A pesar de que gustan de las mujeres y jovencitas, hay algunos que son sodomitas.

“Una de sus costumbres consiste en que, cuando se sienten mal, los médicos les succionan hasta hacer brotar la sangre en el lugar donde se produce el dolor, o sea, algo así como nuestras sangrías.

“Se casan cada uno con una sola mujer, permitiéndose que los reyes tengan dos o tres, aunque a pesar de ello solo la primera es reconocida y honrada como Reina y solo los hijos de la primera mujer heredan los bienes y la autoridad del padre...”.

UN ALEMAN QUE FUNDA A BUENOS AIRES

Existe también en la *Antología* el extraño testimonio de un alemán, llamado Ulrich Schmidl. Estuvo presente en la colonización de las vastas regiones bañadas por el río de la Plata.

En el ejército de don Pedro de Mendoza se alistaron, al lado de los españoles que integraban la mayoría de la expedición, varias docenas de soldados aventureros y mercenarios que habían sido reclutados por los banqueros Welser. Y dentro de esta heterogénea tropilla iba un germano de pocas luces, ya adiestrado en la conquista de Venezuela, que participó en todos los episodios. Estuvo presente en la fundación de Buenos Aires:

“Ahora mandó el Don Pedro de Mendoza a sus capitanes, que se embarcara a la gente en los barcos y se le pusiera o condujere al otro lado del río Paraná, pues en este lugar la anchura del Paraná no es más ancha que ocho leguas de camino. Allí hemos levantado un asiento, este se ha llamado Buenos Aires. Esto, dicho en alemán es: buen viento. Hemos traído desde España sobre los sobredichos catorce barcos, setenta y dos caballos y yeguas y han llegado al susodicho asiento de Buenos Aires. Ahí hemos encontrado en esta tierra un lugar de indios, los cuales se han llamado “querandís”; ellos han sido alrededor de tres mil hombres formados con sus mujeres e hijos y nos han traído pescados y carne para comer. También estas mujeres tienen un paño de algodón delante de sus partes. En cuanto a estos susodichos querandís no tienen un paradero propio en el país, vagan por la tierra al igual que aquí en los países alemanes los gitanos. Cuando estos indios querandís se van tierra adentro para el verano, sucede que en muchas ocasiones hallan seco a todo el país por treinta leguas de camino y no se encuentra agua alguna para beber. Y cuando acaso agarran o asaetean a un venado u otra salvajina, juntan la sangre de estas y la beben. En casos hallan una raíz que se llama cardo y entonces la comen por la sed...”

“Después de todo esto permanecimos reunidos durante un mes en la ciudad de Buenos Aires, en gran penuria y escasez hasta que se hubieren aprestado los barcos. En este tiempo en que estuvimos reunidos, vinieron los indios contra nuestro asiento de Buenos Aires con gran poder e ímpetu hasta veintitrés mil hombres y eran en conjunto cuatro naciones: una se llamaba los *querandís*, la otra los *guaranís*, la tercera los *charrúas*, la cuarta los *chana-timbús*.

“Era su idea que querían darnos muerte a todos nosotros pero Dios el Todopoderoso no les concedió tanta gracia, aunque estos susodichos in-

dios quemaron nuestro lugar. Pues nuestras casas estaban techadas con paja pero la casa del Capitán General estaba cubierta con tejas. Pero de cómo han quemado nuestro lugar y casas, quiero comunicar con brevedad y dar a comprender.

“Algunos de los indios llevaban el asalto y los otros tiraban sobre las casas con flechas encendidas para que nosotros no pudiéramos tener tanto tiempo que hubiéramos podido salvar nuestras casas. Las flechas que ellos tiraban son hechas de cañas y las encienden adelante en la punta. También tienen otro palo del cual hacen también flechas; este palo si se le enciende, arde también y no se apaga. Donde se le tira sobre las casas comienza a arder. En la escaramuza perecieron de entre nosotros los cristianos, cerca de treinta hombres entre capitanes y alféreces y otros buenos compañeros. Dios les sea clemente y misericordioso —dice ingenuamente el alemán— y a nosotros todos también”.

El relato de Ulrich Schmidl, fue publicado en Francfort en 1567. Después fue traducido al latín y finalmente al castellano, con el título de *Viaje al río de la Plata y Paraguay*. El general Bartolomé Mitre, escribió para la edición argentina, notas biográficas y bibliográficas.

UN PORTUGUES, QUE SIN QUERERLO DESCUBRE EL BRASIL

Y ahora viene el vivo testimonio de un portugués, Pero Vaz de Caminha. Había nacido en Oporto y era de familia distinguida. Su padre funcionario del Rey. Había podido continuar su carrera burocrática, apacible y tranquila. Pero su imaginación se dejó tentar por los fabulosos relatos que corrían a propósito de las Indias orientales. No podía permanecer en Oporto, escribiendo la historia de la ciudad, mientras sus contemporáneos se embarcaban hacia lo desconocido.

Hay que pensar lo que fue la fiebre de valor y de aventura que se apoderó de los españoles, los italianos y los portugueses durante el siglo XVI. Nadie con imaginación podía resignarse al paso ecuánime de los años al escuchar el relato de los que regresaban, la descripción de los archipiélagos, las aventuras vividas, el colorido de las tierras descubiertas, el misterio de lo incógnito, la posibilidad de enriquecerse y hacerse famoso. Rotos los límites del Mediterráneo que aparecía como un lago doméstico, sin originalidad y sin misterio, nadie se consideraba marino sin haber conocido el gran océano y nadie se consideraba hombre de su tiempo sin haber confiado su destino a la frágil carabela.

Pero Vaz de Caminha decidió embarcarse. El propósito era costear el Africa y pasando el Cabo de la Buena Esperanza, dirigirse hacia las Indias del Oriente. Pero la nave capitana, bajo la dirección de Vasco de Ataide se perdió en el océano. Sus compañeros de viaje la buscaron e insensiblemente inclinaron la ruta hacia el occidente. De repente se encontraron con una isla que no figuraba en sus mapas.

“La abordaron el siguiente día y permanecieron en ella hasta el 1º de mayo. En reunión de capitanes convocada por Cabral, el domingo 26

se acordó dar parte al rey don Manuel de aquel descubrimiento. Lo que ellos tomaban como una isla, que bautizaron de Vera Cruz, era una avanzada del inmenso territorio que habría de llamarse el Brasil. Una de las naves regresaría a Portugal con la buena nueva y algunos pacíficos trofeos”.

Vaz de Caminha insistió en su propósito de continuar el viaje hacia la India. Los nativos de Calcuta asaltaron las fundaciones de los portugueses y el sueño aventurero de Vaz de Caminha encontró su punto final en ese asedio sangriento.

Nos ha dejado el diario del descubrimiento del Brasil:

... “El martes, octava de pascua, que sería el 21 de abril de 1500, dimos con algunas señales de tierra, siendo de la dicha isla (San Nicolás de Cabo verde) según decían los pilotos, obra de seiscientos sesenta o setenta leguas, las que eran en forma de botella y así otras a las que también llaman rabo de asno. Y el miércoles siguiente por la mañana vimos aves, a las que atraen gran cantidad de hierba larga, llamada por los navegantes “perforabuches”. En ese día al atardecer vimos tierra a saber: primeramente de un gran monte, muy alto y redondo, y de otras sierras más bajas al sur de este y de tierra llana con grandes arboledas. Al cual monte el capitán puso por nombre Monte Pascual y a la tierra el de Veracruz. Mandó lanzar la plomada, hallaron veinticinco brazas; y a la puesta del sol, cerca de seis leguas de la tierra, echamos anclas a diecinueve brazas, anclaje limpio. Allí quedamos toda aquella noche.

“La noche siguiente sopló tan fuerte el viento sureste, con chubascos que destartaló las naves, especialmente la capitana. Y el viernes, por la mañana como a las ocho poco más o menos, por consejo de los pilotos mandó el capitán levantar anclas y hacerse a la vela. Y recorrimos el largo de la costa con las bateas y esquifes amarrados por la popa en previsión del viento norte, para ver si hallábamos alguna ensenada o un lugar apropiado donde quedarnos para tomar agua y leña. Y cuando hicimos vela estarían ya en la playa situados, junto a un río, unos sesenta o setenta hombres, juntados allí poco a poco...

“Y hallándose Alonso López nuestro piloto, en uno de aquellos navíos pequeños, por mandato del capitán —por ser un hombre vivo y diestro para eso— metiose luego en el esquife para reconocer puerto adentro y recogió en una canoa dos de aquellos hombres de la tierra, mancebos y de buen cuerpo. Uno de ellos traía un arco y seis o siete flechas. Y en la playa andaban muchos con arcos y flechas y no las utilizaron. Llevoles ya de noche con el capitán donde fueron recibidos con mucho placer y fiesta...”.

AMERICA ENCUENTRA SU PERFIL

De esta manera, de la bruma que rodea desde milenios el cuerpo del continente, van emergiendo los trozos dispersos. Ignorado por los europeos traía desde milenios su propia vida autónoma. Tenía sus templos, sus diosas, sus costumbres, sus atambores, sus reyes y sus caciques.

Lentamente se elabora el mapa, que va desde Alaska hasta la Tierra del Fuego. Van tomando forma las islas milagrosas, que se bañaban en el mar sin conciencia del pecado original. Se precisa la curva de los golfos. Se yerguen las cadenas macizas de las montañas. Cada lote fragmentario recibe su bautizo, cada peñasco su nombre, cada río su símbolo verbal.

Las amazonas, inútilmente buscadas por los conquistadores, que de ellas habían oído hablar en las leyendas antiguas, le dieron su nombre a la gran corriente majestuosa. Y la cinta argentina que la lengua criolla denominaba el Paraná, fue designada a partir de la confluencia, poéticamente, el río de la Plata. Y el día de la Pascua le dio su nombre a la Florida. Y el mapa fue complementándose hasta coincidir las neblinosas líneas imaginarias con las precisiones de los cartógrafos.

Llegó a su forma definitiva, gracias a cien descubrimientos parciales, de los cuales el verificado en la madrugada del 12 de octubre fue el primero. En esa fecha no se descubrió precisamente a América. Se inició, para ser exactos, el largo proceso del descubrimiento de América. Se recorrió apenas la punta de la sábana.